



AÑO III

← BARCELONA 12 DE MAYO DE 1884 →

NUM. 124

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



EL FRAILE MENDICANTE, cuadro por J. R. Wehle

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS.—EL GALLO DE LA PASION, por don Luis Mariano de Larra.—EL ÚLTIMO DRAMA, por don Félix Rey.—EL CORAZON DE FORMOSEDA (conclusion), por don J. Ortega Munilla.—LA EXPLORACION DEL PILCOMAYO, por don Manuel Aranda.

GRABADOS: EL FRAILE MENDICANTE, dibujo por J. R. Wehle.—MANON LESCAUT, cuadro por Dagnan.—LAS CARTAS, dibujo por J. R. Wehle.—MONUMENTO A GARIBALDI EN TURIN, por el escultor Eduardo Tabacchi.—OBJETOS ARTÍSTICOS DE CERÁMICA Y BRONCE.

NUESTROS GRABADOS

EL FRAILE MENDICANTE, dibujo por J. R. Wehle

Es recomendable esta sencilla composicion por la expresiva fisonomía y natural actitud de sus personajes. Un padre capuchino departe afablemente con un niño que se encuentra verdaderamente pendiente de sus labios. La homillia versa, sin duda alguna, sobre un punto de moral infantil; y aunque esta clase de temas nunca son del agrado del oyente á quien se dedican, nuestro capuchino habla con tanta dulzura, reprende con tanto cariño, se hace tan simpático á su precoz interlocutor, que indudablemente la leccion será aprovechada. Semejante á la menuda lluvia que hace germinar la semilla, al paso que el agua torrencial la arrastra y hace inútil la sementera, así las palabras del censor, y más del censor cristiano, deben ser tales que penetren en el corazon sin destrozarlo y conmuevan sin peligro de ocasionar una ruina.

Nuestro mendicante es diestro en el arte. Miembro de una órden que todo ha de esperar de la buena voluntad del prójimo, su principal mérito consiste en captarse esa voluntad, y esto consigue empezando su obra por los niños que eran los más amados de Jesucristo, precisamente porque los niños representan el mañana de la sociedad, y el buen cristiano tiende incesantemente á la perfeccion en el porvenir.

Hé aquí porqué encontramos simpático el dibujo de Wehle, que á nuestros ojos representa la doctrina de Cristo infiltrada hoy en la sociedad de mañana.

MANON LESCAUT, cuadro por Dagnan

Moria en Francia el 25 de noviembre de 1763 el abate Prevost, autor famoso de varios libros apreciados y sumamente popular por su novela *Manon Lescaut*. El autor del cuadro que publicamos se ha inspirado en la patética muerte de la heroína de la novela, cuyo entierro efectúa el único hombre que ha permanecido al lado de aquella que tan festejada fué en vida. Manon Lescaut viene á ser, en cierto modo, la predecesora de Margarita Gautier; lo cual prueba que en la Francia del siglo XVIII no eran ciertamente desconocidas las damas de las camelias.

El cuadro de Dagnan causa la triste impresion que el autor se ha propuesto. El rígido cadáver de esa mujer, tendido sobre una inmensa mortaja de nieve, mientras su único compañero dispone la fosa que guardará aquel cuerpo aún no privado de todas sus gracias; el paisaje árido, el cielo gris, uniforme, que pesa como una losa de plomo sobre ese rincon del mundo en que tiene lugar la fúnebre escena; todo impresiona de una manera dolorosa y avalora el talento del ilustre pintor.

LAS CARTAS, dibujo por J. R. Wehle

Esas cartas son otras cartas.

Para ellas no se ha inventado el correo, ni los sellos, ni los sobres engomados.

Las escribe, por lo general, una mujer ladina que juega con trampa.

Cuando decimos las *escribe*, debiéramos haber dicho: las *echa*.

Echar las cartas es un tarugo más conocido que el del hallazgo de la joya; pero que, como este, todavía no se ha desacreditado lo bastante, puesto que todavía hay incautos que se tragan el anzuelo. Esos incautos son comunmente incautos.

La niña que ama en secreto ó sin esperanza tiene una inclinacion fatal á lo maravilloso. En su ridícula preocupacion la acompañan muchas que ni son jóvenes, ni tienen la disculpa de un amor contrariado.

La frase empleada en semejantes casos es: *consultar al Destino*.

Este tiene mucho de mitológico, y aún tiene más de necio. El Destino es el editor responsable de todas las bellaquerías que cometen los que son tontos y los que aparentan serlo.

En el cuadro de Wehle se nos figura que el tarugo va á medias.

Se trata de ¿quién engaña á quién?

Ni la jóven parece muy convencida, ni la bruja muy confiada.

Quizás en la dudosa expresion de esas fisonomías consista el mayor mérito de la obra.

MONUMENTO A GARIBALDI EN TURIN, por el escultor Eduardo Tabacchi

(Proyecto premiado)

El popular general á cuya memoria ha tratado de levantar el Ayuntamiento de Turin el monumento reproducido por nuestro dibujo, es una figura que si no ha alcanzado las proporciones de la epopeya, ha merecido en cambio los honores de la leyenda.

Muchos hombres de Estado contribuyeron, sin duda, á

la unidad italiana y muchos militares la conquistaron á punta de espada; pero en el corazon del pueblo la trinidad unitaria siempre se compondrá de las mismas personas:

Víctor Manuel, el conde de Cavour y el general Garibaldi.

Se conciben, pues, los honores póstumos que se han consagrado á su memoria.

El monumento que los turineses proyectan levantar ha sido premiado con justicia en concurso. A la derecha del basamento, una matrona, en cuya frente brilla la estrella de la gloria, empuña con una mano la bandera de la patria y con la otra la trompeta de la fama. A la izquierda, un majestuoso leon parece vigilar la obra del general. Este se halla representado en sus últimos tiempos; de pié sobre una roca, en actitud de contemplar el espacio con triste mirada, cual si lamentase su forzada inaccion cuando tanto hay que hacer para llevar á cabo los ideales garibaldinos.

No faltará quien á la vista de ese monumento maldirá quizás del héroe á quien se dedica; pero ni esto menguará la popularidad del general, ni disminuirá la belleza de la bien trazada y bien sentida obra del profesor de escultura en la Academia Albertina.

Objetos artísticos de cerámica y bronce

Las cuatro obras de arte representadas en la última plana de este número son de fabricacion inglesa. Las dos primeras, ejecutadas por M. Solon, revelan el exquisito gusto de este artista, en especial el jarron, adornado con bellos relieves, y fabricado así como la fuente por el método llamado *pasta sobre pasta*, es decir, aplicando sobre la arcilla capas graduales de oro y esmalte que dan al objeto el aspecto del más pulido metal, ó del marfil más terso y brillante.

El centro de mesa, lo propio que el candelabro, demuestran que los artistas ingleses de la actualidad, inspirándose en las obras más clásicas de la antigüedad, aplican á estos objetos de uso doméstico al par que de ornamentacion ese estilo y esa factura elegante y esbelta que tanto se apartan de la pesadez, ó mejor dicho de la solidez que hasta ahora predominaba por lo general en los objetos análogos de igual procedencia.

EL GALLO DE LA PASION

(Cuento espiritista)

«San Pedro se acordó de la palabra que Jesus le habia dicho: antes que el gallo cante me negarás tres veces.»
Evañ. San Mateo

I

Acababan de sonar las ocho en el reloj de *San Plácido*, con el acostumbrado toque mortuorio que desde fines del siglo XVII, recuerda á los vecinos del barrio del Pez de Madrid la tradicion de dicho convento. Segun esta, parece que enamorado el monarca Felipe IV de una bellísima monja, y usando ó abusando de su alta jerarquía y de sus atrevimientos amorosos, intentó por diversos medios triunfar de su resistencia. Aterrada la esposa de Jesucristo y creyendo al rey capaz de apelar á medios extremos para conseguir el logro de sus deseos, hubo de confesar á la madre abadesa sus temores, y de acuerdo ambas idearon burlar al egregio amante. Cuando éste, ayudado por el poder y el oro, penetró una noche en el convento, se encontró con toda la comunidad rezando el oficio de difuntos alrededor de un humilde féretro, sobre el cual, y alumbrado su bellissimo rostro por blandones de amarilla cera, yacia muerta la religiosa que habia inspirado al rey de España ardientes deseos ó amor apasionado. Aterráse éste con tan fúnebre espectáculo, y en recuerdo de aquella triste noche y de sus perdidos amores, regaló al convento un reloj cuyas campanas doblan siempre á muerto al dar las horas y los cuartos. El rey ignoró siempre que la religiosa, objeto de sus amores, vivió muchos años despues de aquella escena; y aún hoy existe el mismo reloj con sus dobles campanas y su toque de difuntos.

Como decíamos al empezar, acababan de dar las ocho. La noche era oscura y fria. Febrero el loco guarda casi siempre en sus últimos días resabios del invierno, y el vecino Guadarrama mandaba á la villa y corte el soplo fino y mortal de sus nevadas crestas. Era miércoles santo, y por las anchas puertas de las iglesias salian en apiñado conjunto los creyentes y los desocupados, las beatas y los católicos, las niñas juiciosas y los mozalbetes atrevidos. En los alrededores de los templos se oian los destemplados acentos de las carracas y los golpazos con que en bancos y puertas celebran los muchachos, sin comprenderlo, el momento en que la vela más alta del tenebrario se apaga bajo la caperuza de hojadelata que con ademan indiferente maneja el sacristan mayor ó el más antiguo de los acólitos.

En una casa de modesta apariencia de la calle del Molino de viento, y en uno de sus últimos pisos interiores, una pobre muchacha de diez y ocho años, bella como los ángeles y desgraciada como los mártires, permanece con los ojos bajos y sentada en una humilde silla de paja, cerca de la ventana pequeña, que da escasa luz á aquella habitacion miserable.

«Un día más!» exclama con voz imperceptible; y el ruido que en los cristales hace una violenta ráfaga de viento es la única respuesta que el mundo exterior da á la honda pena de su alma.

Del rincon de una pequeña estancia á quien da el nom-

bre de alcoba la necesidad de no tener otra, sale un quejido tenue y doloroso, como arrancado por el dolor de un pecho infantil, y es preciso que varias veces se repita tan triste queja para que la jóven se levante y corra á calmar el llanto de aquel pedazo de sus entrañas.

Horrible es el abandono de los seres queridos y triste y larga la existencia de los que sólo viven con el recuerdo de más serenos días; pero cuando á ese abandono va unida la miseria, cuando á la pena acompaña la traicion ó el crimen, es la existencia carga tan pesada, que no se concibe cómo pueda el alma soportarla un solo día.

Luisa, huérfana de padres, pobre y desvalida, ganando miserablemente su sustento con el jornal mezquino que ofrece á la mujer la industria ó el trabajo, es madre hace tres meses, y tres meses hace que el hombre á quien dió su amor y en quien confió su ventura, no ha vuelto á pisar los umbrales de su desdichada morada.

Son las casas de vecindad conjunto extraño de alegrías y dolores, y abigarrado albergue de los distintos seres que, últimos peldaños de la escala social, forman la masa no siempre compacta y dócil del pueblo. Allí es todo extremo exagerado; allí la alegría tiene gritos discordantes y estridentes carcajadas, allí el dolor se expresa en alaridos por sollozos alborotados. Un pequeño cambio agradable de fortuna se celebra con profusas libaciones de mosto envenenado: la muerte de un ser querido, no parece bien sentida, si no obliga al huérfano á arrancarse los cabellos, ó á retorcerse en histéricas convulsiones. El calendario marca de antemano las expansiones colectivas, y en los estrechos corredores del patio, en las barandillas de los pisos, en las aberturas del tejado mismo, rostros humanos, almas y cuerpos, piés y bocas, celebran en unísono acorde las locuras del carnaval, el nacimiento del Dios-hombre, ó las verbenas de Vírgenes y apóstoles. Pero así como en la clase elevada de la sociedad los ruidos y la animacion parecén que empiezan con la primera hora del nuevo día, así todos los ruidos de las casas de vecindad quedan siempre apagados, como si estuvieran muertos todos sus habitantes, antes de las doce de la noche.

Era, como hemos dicho, la del miércoles santo. Cerradas todas las puertas y ventanas, acostados todos los vecinos, apagadas todas las luces y envuelta en la más profunda oscuridad, aquella porcion del Madrid moderno que con el tiempo se verá trasplantada á las afueras, cuando un gobierno previsor ó una sociedad verdaderamente filantrópica construya viviendas sanas para los obreros, parecia una gran tumba ó un verdadero hoyo grande donde apiñados y en monton olvidaban en el descanso del sueño, dulce imagen de la muerte, sus miserias ó sus dolores.

Muchas veces habia vuelto á sonar el reloj de San Plácido: Luisa lloraba y helada é inmóvil como una estatua yacente, parecia no pertenecer al mundo de los vivos. ¡Qué noche tan larga! ¡Qué pena tan profunda! ¡Qué vida tan triste!...

II

—De modo que no traes en tu conciencia ninguno de esos pecadillos propios de la juventud, que suelen arrastrar consigo días de remordimiento y arroyos de lágrimas?...—decía D. Andrés del Olmo, rico almacenista de maderas, á un jóven que sentado á su mesa parecia haber compartido con él una comida abundante.

—Absolutamente ninguno,—contestaba Carlos de Monreal, apurando de un sorbo el contenido de una taza de china, llena un momento antes de un moka delicioso.—Amorcillos sin consecuencia y relaciones pasajeras no tienen importancia ninguna en la vida del hombre, y al pedir á V. la mano de su hija, libre está mi pensamiento y tranquilo mi espíritu.

—Bien venido seas entónces á mi casa; mi hija te ama, nuestras fortunas son casi idénticas, vuestra edad y vuestros genios semejantes; será feliz vuestro matrimonio, pues con tales augurios se anuncia.

Media hora despues, y una luégo, y dos y tres más tarde, continuó la conversacion de la que vino á participar la prometida del jóven, muchacha de veinte años, no mal parecida, y pizpireta, alegre y decidora; cuanto era la pobre Luisa, triste, melancólica y dolorida.

—No olviden Vds. que estamos en semana santa,—dijo á la una de la noche la hija de D. Andrés, abriendo maquinalmente una Semana Santa lujosamente encuadernada que habia sobre un velador del despacho de su padre. Vds. á recogerse, yo á leer, antes de hacerlo, la pasion del Salvador. Y sin perder palabra del animado dialogo del jóven y del viejo comenzó á pasear sus ojos por aquellas santas páginas, murmurando inconscientemente las sublimes palabras del libro santo.

—Si he insistido tantas veces en pedirte cuenta de pasadas aventuras,—decía al jóven el anciano,—es porque ha llegado á mis oídos una escandalosa historia de tu vida de soltero.

—Ya he dicho que no tengo nada de qué acusarme.

—¿Qué: no conoces á una costurera llamada Luisa?... ¿No es cierto que hayas compartido con ella doce meses de tu vida, en su modesta casa, ocupando su memoria y su corazon constantemente?

—No sé qué mujer es esa, ni se refiere á mí la historia que le han contado.

Rara casualidad y extraño caso. Acabar el jóven de pronunciar estas palabras y oirse el estridente y prolongado canto de un gallo vecino, fué cosa de un instante. Al mismo tiempo leia la jóven:

«...y Pedro se acordó de la palabra que Jesus le habia dicho: antes que el gallo cante, me negarás tres veces...»

III

Pero es el caso que rara es la casa de vecindad donde un zapatero de viejo, ó un carpintero con taller propio, no tenga cinco ó seis gallinas, sultanas adoradas de un gallo rijoso y de orgullosa catadura. En la casa del Molino de viento y en su patio lóbrego y oscuro no faltaba un hediondo cuartucho con honores de gallinero, ni faltaban en él los huéspedes consabidos. Luisa leía, ó más bien hacia resbalar sus miradas por una humilde Semana Santa, tan modesta y mal encuadrada como su desmantelada vivienda. Abierto estaba el libro por el evangelio de San Mateo, y el índice de su mano derecha flaco y descarnado apuntaba maquinalmente y como movido por interior resorte el mismo párrafo «...y Pedro se acordó de la palabra que Jesús le había dicho: antes que el gallo cante me negarás tres veces...»

Segunda coincidencia extraña: un canto chillón y agudo hizo retemblar las vidrieras de la ventana. El gallo del patio había anunciado el comienzo del nuevo día.

Apiñadas lágrimas rodaron de pronto por las pálidas mejillas de Luisa: levantóse sobresaltada, corrió á la alcoba, y como si una luz profética, como si el don de la segunda vista iluminara su inteligencia, arrodillóse junto á la cuna de pino de su hijo, murmurando: «Ha renegado de nosotros; ya no tienes padre.»

En aquel mismo momento pasaba por la calle del Pez el jóven de quien hemos hablado. El reloj de San Plácido dió la una con el doble mortuorio de sus tristes campanas. El canto del gallo se oyó por tercera vez en la calle del Molino de viento. A las últimas notas de su chillona garganta se unió un quejido sobrehumano y el ruido de un cuerpo cayendo sin vida sobre la acera turbó por un instante el profundo silencio de la noche.

IV

«Anoche falleció repentinamente en la calle del Pez, frente á las monjas de San Plácido, el jóven y distinguido abogado de esta corte D. Carlos de Monreal. Enviamos á su afligida familia el pésame por tan sensible pérdida. *La Correspondencia de España.*»

LUIS MARIANO DE LARRA

Marzo de 1884

EL ULTIMO DRAMA

I

Nadie supo por qué Casimiro, el más grande de los actores de su tiempo, abandonó el teatro de una vez para siempre de la noche á la mañana.

Yo, que conozco la causa, voy á referírsela á mis lectores.

Es el último drama que representó en la vida y el cual, trasladado á la escena, le hubiera proporcionado el más legítimo de todos sus triunfos.

La primera escena de este drama se representó en las calles de Madrid entre Casimiro y una criada de servicio.

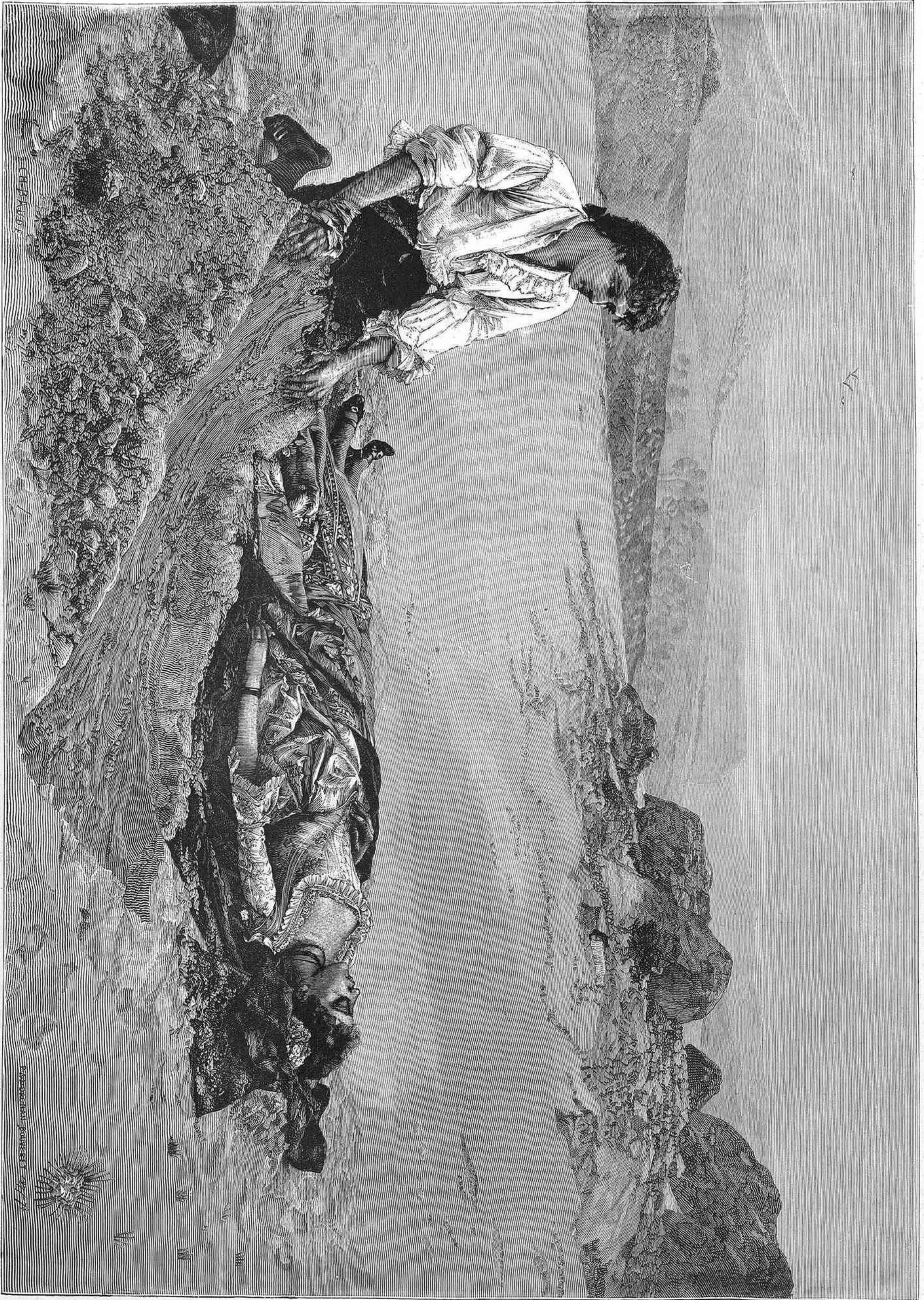
—¡Muchacha... muchacha!...
—¿A quién llama V., caballero?
—¿A quién he de llamar? A tí.
—¿A mí?
—Sí por cierto.
—Yo no soy muchacha.
—¿Cómo!
—Soy doncella... y viuda para lo que V. guste mandar.
—¡Cuánto me alegro!
—¿De la viudez?
—De lo que voy á decirte.
—Soy toda orejas.
—¡Qué doncella tan honesta!
—Es favor.
—¡Y tienes unos ojos!...
—¡Pues ya se ve que los tengo!
—¡Y una mano!
—¿Y qué más?
—Mira, niña; no quiero meterme en honduras. ¿Tú vi-
ves, es decir, doncellas en el número 6 de esta calle?
—Precisamente.
—¿Principal?
—Izquierda.
—¿En casa de esa señora alta?
—Y gruesa.
—¿Graciosa?
—Y bonita.
—Que se llama... se llama... se llama... ¡Si tú me qui-
sieras decir cómo se llama!
—Magdalena.
—¿Soltera?
—Viuda.
—Es lo mismo.
—¿Cómo lo mismo?
—Quiero decir que... vamos...
—¡Ya está V. buen peine!
—¡Anda, anda! ¿Y por qué dices eso?
—¡Si no sabré yo del pié que V. cojea!
—¿Que tú sabes?...
—¡Si pensará V. que soy boba!
—No, no; nada de eso.
—¿Cree V. que es la primera vez que le veo?

—¡Ah! ¿Me conoces?
—¡Pues ya lo creo!
—¿Desde cuándo?
—¡Pero, señor, si no hay cosa más de sobra en la calle que V.!
—¿Me has visto?
—Desde que el sol asoma, hasta las tantas de la noche, le estoy á V. viendo todos los días hecho un poste frente al balcon de mi señorita, hace lo ménos tres meses.
—Es cierto, es cierto.
—¿Y no se cansa V. de hacer la centinela?
—Y dime, ¿tu señorita ha reparado en ello?
—Lo mismo que yo.
—¿Y qué dice? ¿Le gusta verme?
—Como si la sacasen las muelas.
—¡Eh! ¿Qué diablos estás diciendo?
—Lo que V. oye. Mi señorita no le puede á V. ver ni pintado.
—¡Es posible!
—Dice que le tiene á V. sentado en la boca del estómago; no la deja V. ni á sol ni á sombra; que en todas partes le encuentra; que la sigue á todos los sitios; que sueña con V., y que hasta en la sopa cree que le va á hallar un día.
—¿Es decir?...
—Que le aborrece.
—Mira, mira; toma esos veinte durejos. Te agradezco la franqueza, pero...
—No se apure V. por tan poco. Es cierto y muy cierto que mi señorita dice de V. todo eso; pero... por eso mismo... ¿V. me comprende?... por eso mismo es más fácil que la caiga V. en gracia más pronto.
—¿Tú crees?...
—En cuanto las personas se tratan, ¡ya se sabe!... Así principia la simpatía, y el cariño, y el *aquel* de las personas.
—¿Luego, si yo tratase á tu señorita?...
—¿Quién lo duda?
—¡Ay, doncella de mi alma! ¿Y cómo me presentaría yo á ella?
—Diciendo: «Aquí estoy yo.»
—¿Y me recibirá?
—¡Pues no faltaba otra cosa! Mi señorita tiene prontos, un poco malo el carácter, y el genio avinagrado; pero en el fondo, es excelente.
—Me lo había figurado.
—Todo lo que se diga es poco.
—Tan buen fondo tiene, ¿eh?
—Rebuenísimo.
—¡Bendita sea tu boca! ¿Y á qué hora te parece que vaya?
—A la caída de la tarde.
—¿Entre dos luces?
—Sí; á esa hora está siempre muy melancólica, y dispuesta á partir un piñon con cualquiera.
—¡Y qué bonita estará!
—¿Que si está bonita? como un lucero.
—Toma, toma esa monedilla de cinco duros.
—Me parece que va V. á simpatizar con mi ama.
—¿De veras?
—¡Lo que es el trato! En cuanto conoce una de cerca á las personas, las toma querencia sin poderlo remediar. Eso me ha pasado á mí con V.; porque, la verdad, le tenía á V. prevencion, pero en estos cinco minutos que le he tratado, ya le tomé cariño, como si fuera cosa mia.
—¿Y tu ama?
—Le pasará lo mismo. ¿Acaso no es de carne y hueso como yo?
—Tienes razon, tienes razon. Hasta mañana.
—A eso del anochece; no se olvide V. de la hora.
—Comprendido.
—Yo estaré ojo avizor.
—Gracias. ¡Qué amable es esta chica! Adios.
—Adios, señorito; y no se olvide V. de mí.
—Nunca, hija mia, nunca.

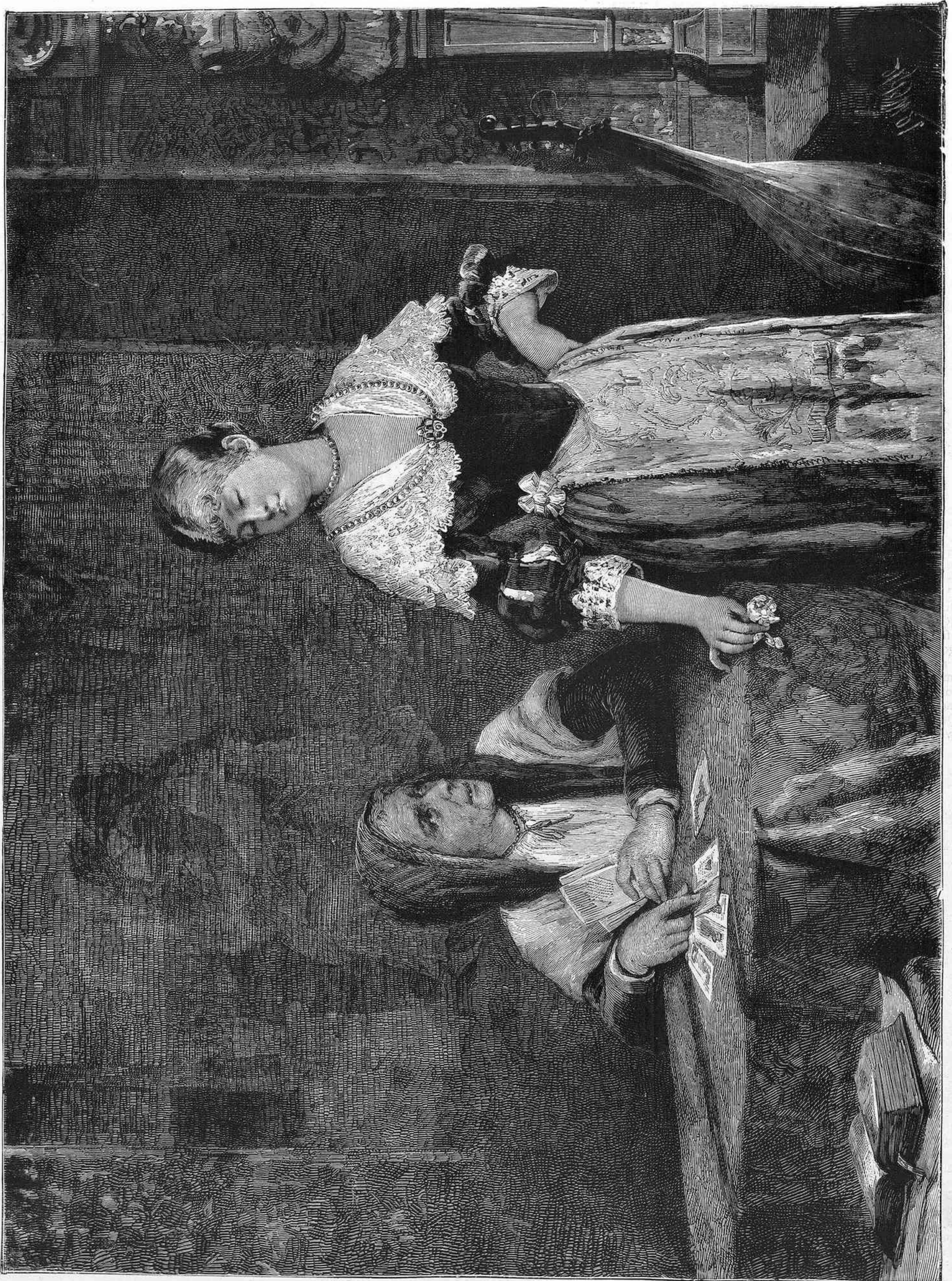
II

—¡Tilin, tilin!
—¿Quién?
—Abre; soy yo, doncella de mi alma.
—¿Por quién pregunta V.?
—Por la señorita Magdalena. ¿No lo sabes?
—Disimule V., que está cerca de aquí.
—Deseaba ver á la señora. ¿Está en casa?
—Sí señor.
—Pues pásele V. recado. Toma, esto para tí.
—Tenga V. la bondad de esperar un momento; en seguida salgo.
—Señorita...
—¿Qué ocurre?
—Un caballero...
—A estas horas...
—Dice que desea ver á V.
—Dile que no estoy en casa.
—El caso es que me preguntó, y le he dicho lo contrario.
—¿Qué fastidio!
—Le diré que vuelva.
—No, no; si sabe que estoy en casa, que pase adelante.
¿Qué fastidio!
—¿Le paso á la sala?
—Aquí mismo.

—A los piés de V., señora.
—¿Quién podrá ser?
—Beso á V.... ¡Cómo! ¡Es V.!!! ¡V.!
—Sí, señora: yo mismo. Hace tres meses que...
—Sí, sí; es inútil que V. me lo repita; hace tres meses que le veo á V. clavado á todas las horas del día y de la noche frente á mis balcones; tres meses que...
—Que la amo á V., señorita.
—¡Oh! caballero, V. me honra demasiado. Ciertamente no merezco el vivo interés que me manifiesta, ni creo haber cometido pecado alguno en mi vida, por el cual me haya hecho acreedora al castigo de verle á V. constantemente.
—Señorita...
—¡Ah! Perdóneme V.; soy muy franca, demasiado franca, es cierto; y, conociendo como conozco sus pretensiones, quiero decirle lo que al fin, más tarde ó más temprano, habia V. de oír de mis labios: es cuestion de tiempo; ya ve V., no puede ser mi falta más pequeña.
—Sepa V. que si pudiese dirigir mis sentimientos, me hubiera privado del placer de amarla por el gusto de complacerla; pero el cariño no obedece á reflexion alguna; nace espontáneamente y se dirige, á pesar nuestro, á donde ménos quisiera el mismo que lo siente.
—Efectivamente, la simpatía y la antipatía son caprichosas y ciegas; se estima á una persona sin razon ni causa aparente; quizás el que amamos es indigno de nuestro amor, no nos corresponde, y sin embargo, le seguimos queriendo sin poderlo evitar. Conozco mucho de esto, sí señor, conozco mucho de esto.
—¡Dígame V. á mí!
—Pues á V. voy á decírselo, y le suplico nuevamente que perdone mi franqueza; las cosas claras; ¿á qué andar con rodeos? ¿No es preferible la verdad á la mentira, sea esta cual fuere? ¡Antes desengañado que engañado! Yo soy así.
—Que me place.
—Pues como decía á V., tanto la simpatía como la antipatía son ciegas, y aun injustas, las más de las veces. Por ejemplo: V. me ha manifestado un afecto del que no soy digna. En cambio, V., y me complazco en decirlo, es un perfecto caballero, una persona amable, distinguida... tengo la seguridad de que no es V. un tonto...
—Tanto honor...
—Pues bien, á pesar de todas esas cualidades que reconozco, vea V. qué cosa más extraña... no me es V. simpático. V. perdone, pero no lo puedo remediar. La simpatía y la antipatía, son ciegas é injustas las más de las veces.
—Es decir, que mis pretensiones han fracasado.
—Completamente.
—Pues voy á dar á V. una prueba de mi amor.
—¿Retirándose?
—No, señora: anunciándole á V. mi próximo casamiento.
—¿Qué chistoso! ¿Con quién, con mi doncella?
—No señora, con V. misma.
—¡Connmigo!
—Con V.
—Usted se burla, caballero.
—Se lo aseguro á V. formalmente.
—¿Y cómo habrá de ser eso?
—En la iglesia como Dios manda.
—¿Me llevará V. entre civiles?
—No; irá V. por su propia voluntad.
—Entonces, puede V. esperar sentado.
—Tengo mucha paciencia.
—Pero no hay paciencia que cien años dure.
—No es menester tanto tiempo.
—Le aseguro á V. que preferiria la muerte á casarme con V.
—Pues se casará V. connmigo.
—Si me hiciera V. el favor...
—¿De qué?
—De retirarse.
—Con mucho gusto.
—Además...
—¿Qué?
—Me atreveria á rogarle...
—Que no vuelva á poner los piés en esta casa, ¿no es cierto?
—Usted lo ha dicho.
—Así lo haré.
—Tambien me atreveria á suplicarle que no se molestase en continuar mirando á mis balcones; la casa de enfrente es sólida, y no necesita puntales de ningun género.
—En eso ya no me es posible complacer á V.: continuaré persiguiéndola hasta que V. me llame.
—¡Hasta que yo!...
—Hasta que V. me llame.
—¡Ah! Pues tiene V. para rato.
—No tanto como V. cree. A los piés de V., señora.
—Usted perdone mi franqueza.
—No hay de qué. Adios.
—Hasta el valle de Josafat.
—No; rectifique V.; hasta el día de la boda... si no nos vemos antes.
—¡Já... já... já!...
—¿Qué tal, señorito?
—¿Quieres ser rica?
—¿Qué quiere V. decir?
—Que si quieres tener mucho dinero,
—¡No que no!



MANON LESCAULT, cuadro por Dauban



LAS CARTAS, dibujo por J. R. Wehle

—Pues entrégate á mí en cuerpo y alma.
 —¿Cómo!
 —No, no voy á tentar tu doncellez; únicamente deseo que me sirvas ciega y fielmente en todo, sin que nadie, ¿lo entiendes? sin que nadie, ni tu ama, se entere de cosa alguna.
 —Pierda V. cuidado.
 —Mañana te espero en mi casa.
 —No faltará.
 —Adios.

 —¿Teresa!
 —¿Qué manda V., señorita?
 —¿Cómo se llama ese caballero?
 —No ha dicho su nombre.
 —No vuelvas á abrirle la puerta nunca, ¿has oído?
 —Se hará como V. lo manda.
 —Cuidado que es antipático.

III

El amante de Magdalena se llamaba Casimiro, el cual tenía la facha y el tipo de un seminarista. Alto, delgado, escualido, la tez amarilla, los pómulos salientes, todo él afeitado y pelado, desgarrado, maltrecho y por último, cubierto con un traje negro de levita en no muy buen uso. Después de la anterior entrevista cambió sus reales á la casa fronteriza á la de Magdalena, piso segundo, en el cual había huéspedes. Tomó un cuarto con balcon á la calle, pidió la llave de su habitación, y su primer cuidado fué hacer notar á Magdalena que le tenía por vecino; cosa que ésta no tardó en averiguar. Así trascurrieron los días, hasta uno en que en el balcon de al lado del de Casimiro que correspondía á la misma casa de huéspedes, apareció un capitán de húsares, de largos bigotes rubios, buena presencia, y al parecer osado y atrevido. A los dos ó tres días de la aparición del húsar, éste notó la vecindad de Magdalena, y ésta la de aquel. El húsar empezó á hacer guiños y telégrafos. Magdalena reíase de los aspavientos del vecino, y sin haberse dicho una palabra parecieron entenderse. Siempre que el húsar estaba al balcon, veíase á Casimiro en el fondo de su cuarto de espaldas á la calle, apoyado en una mesa y la cabeza reclinada sobre la mano. ¿Quizás su presencia contribuyó á estrechar las relaciones de Magdalena con el húsar? —¿Que rabie!—se decía casi siempre para sus adentros. —¿Que rabie!

Por fin el capitán de húsares decidió pasar á la casa de Magdalena, y una tarde le vieron atravesar la calle de acera á acera y perderse en el portal de la vecina. Casimiro, en el fondo de su cuarto, de espaldas á la calle, con el brazo sobre la mesa y la cabeza en la mano, no se movió en toda la tarde. —¿Qué disgusto está pasando!—se dijo Magdalena, que le veía á través de los visillos.

 —Señorita...
 —¿Qué se ofrece?
 —El vecino...
 —¿Qué vecino?
 —El militar.
 —¡Ah! ¿El húsar? Que pase, que pase al instante.

 —¡Olé! por los cuerpos *gonitos*, y las güenas mosas y el *aquel* de lo flamenco y de lo... de las...
 —No es V. poco redicho. Pase V., que mi ama está esperando.
 —¡Viva el salero!

—Señora, V. disimulará que me presente así; pero la ordenanza nos tiene siempre en pié de guerra.
 —Es V. muy dueño.
 —No; es que ya sé que esta casa no es un cuartel; pero la milicia no distingue de colores y el deber...
 —Sí, sí; ya comprendo lo que V. quiere decirme.
 —Eso mismo; porque lo militar no quita á lo cortés, y yo sé distinguir lo bueno de lo malo, y la ordenanza de lo que marca la etiqueta.
 —Lo supongo. Tome V. asiento.
 —Con su permiso. Yo soy muy franco, señora, pero muy franco. En el cuartel me llama todo el mundo el *capitan claridades*. Porque yo le digo la verdad al mismísimo lucero del alba.
 —Eso le honra á V.
 —Así es que al venir yo á esta casa vine con un propósito.
 —¿Con uno?
 —Con los que vayan saliendo.
 —¡Já... já... já!..
 —Pues verá V., el propósito que me trae á esta casa es militar, sí señora, militar.
 —¡Já... já... já! ¿Y cuál es? Sepamos.
 —Como militar vengo de conquista.
 —¿De conquista? Tiene V. el genio muy alegre. ¿Y qué conquista le trae aquí?
 —El rendir una fortaleza con víveres y todo.
 —¡Já... já... já...! ¿Dónde está esa fortaleza?
 —Sentada en esa butaca que V. ocupa.
 —¡No es mala ocurrencia! ¿Y qué enemigos ocupan la plaza?

—Su corazón de V.
 —¿Nada más?
 —¿Le parece á V. poco?
 —¿Y quién le ha dicho que sea enemigo de V.?
 —Un mozalbote que por lo visto ha sobornado al enemigo.
 —¿Ese seminarista que vive en su misma casa?
 —Efectivamente.
 —¡Ah! no lo crea V.
 —Ya me figuraba yo que tenía V. mejor gusto. Sin embargo, él me ha referido que V. no se casaría con nadie más que con él... y... la verdad... esto me ha picado un poquillo, y me he dicho: «¡Pues veamos si se sale con la suya!»
 —¿Eso dijo?
 —Sí, señora: eso mismo. Yo no lo quise creer; pero el hombre insistió de tal manera, que... vamos... que me lo creí.
 —¿Lo creyó V.?
 —Sí, me dijo: «¡Aunque V. mismo la oiga que no me quiere, es mentira; y la prueba es que se casará muy pronto conmigo!»
 —¿Con él?
 —Yo me amosqué; y aunque soy muy poca cosa... la verdad... me propuse dar en la cabeza á ese espantajo.
 —Hizo V. bien.
 —¿De suerte que puedo esperar?...
 —Caballero, la cosa no es pedrada de pícaro; es grave y merece pensarlo despacio. Por hoy sólo puedo decirle que ha tomado posesión de su casa, y que tendré un verdadero placer en que venga á visitarme con frecuencia.
 —La sitiare á V. en debida forma, según manda el arte de la guerra.
 —Soy plaza débil.
 —Desde hoy comienza el bloqueo.
 —Resistiré.
 —¿Mucho?
 —Lo bastante para que le sea á V. grata la victoria.
 —A la orden, mi capitana.
 —Hasta mañana.
 —No faltará.

FÉLIX REV

(Continuará)

EL CORAZON DE FORMOSEDA

(Conclusion)

Delante de los balcones habia mamparas de seda china iluminadas por cierto con muy mal gusto por un artista místico que representó en ellas vidas de santos, degollaciones de mártires, empalamiento de profetas y otros horrores piadosos tan dignos de la palma celestial como impropios de un salon donde la gente va á bailar y á divertirse.

IX

Se inicia el combate

La lucha entre aquellas dos naturalezas acrecentó de día en día. Resignada era fria, severa, cumplidora del deber y amante del sacrificio. Ricardo era ardiente, cuerpo voluptuoso y alma soñadora, enemigo de los lazos que atan, de las cadenas que sujetan, de todo lo que corta al espíritu sus alas y le convierte de sér volandero en cosa pegada á la tierra. Un momento de reflexion bastó á Resignada para comprender que era imposible toda reconciliacion. No hubo reyertas, no hubo disputas. Las dos inteligencias se miraron frente á frente, se reconocieron tales como eran y se resignaron á vivir sin fundirse en la suma divina del amor. Aquella enorme caverna de la calle de D. Pedro el V volvió á tomar su antigua y característica fisonomía de panteon. Se acabaron las risas: se desvanecieron las sonrisas de luz que corrían por el mueblaje del gran salon de gusto Luis XIV cuando se reunían de noche en él los jóvenes esposos. Volvió á caer la sombra: volvió á reinar el silencio. Torva la mirada, el dios penate de los Formoseda guardó aquel recinto con las manos cruzadas y la frente hundida con tristeza en el infinito mar de las penas sin consuelo, de los desastres irremediables, de las resignaciones sin llanto, de los amores helados y de las lágrimas que se congelan ántes de salir á la luz!

X

Primavera

El día de Corpus Christi fué fecundo en sucesos. Porque Ricardo se habia entregado por completo al dolor de no ser comprendido por su mujer y habia visto como aquel frío de su vida conyugal cauterizaba en su alma fibra á fibra todos los del amor: tambien cauteriza el hielo. Aquel día salió de paseo solo. Era el pleno dominio de la primavera.
 ¡Qué alegría en el ambiente! ¡Qué júbilo en el aire! ¡Qué palpitation de alas entre los bosquecillos de la Casa de Campo! El rayo de sol: la rama del álamo: el pájaro. Estos eran los símbolos de aquella alegría infinita de cielo y tierra.
 Como no hay cosa viva ó muerta que no se éntre en el vasto campo del alma cuando el alma sufre, Ricardo oyó

que estas tres representaciones del amor primaveral le decían...
 Pero esto merece cuartilla nueva.

XI

El pájaro, el rayo de sol y la rama del álamo

(Hay un momento de silencio. Ricardo se ha sentado á la sombra del álamo y ha descubierto su cabeza.)

EL PAJARO.—¡Tonto! ¡Hombre de alma muerta!... ¿No sabes que hay quien te ama?... ¿te has olvidado ya de aquella hechicerísima niña de los zapatos rotos?
 RICARDO.—Es verdad. Aquella fué un trapicheo que no ha dejado raíz en el alma.
 LA RAMA.—¿Que no ha dejado raíz? Cuando plantaron á mi padre..., este hermoso álamo que te da sombra... la raíz no se sentía, no se veía... pero luégo creció, se ensanchó, se agitó bajo tierra como una culebra y hoy está mojando sus puntas en el río, á cien metros de aquí.
 EL RAYO DE SOL.—Busca á esa mujer que te adora. Puede que se esté muriendo de hambre.
 RICARDO.—Ella me amaba de verdad. ¡Pobre Genara!
 EL PAJARO (viniendo á posarse delante de Ricardo).—Puedes consolarte con ella de tus infortunios domésticos.
 RICARDO.—¿No me rechazará?
 LA RAMA.—¡Rechazarte!... Está seguro de que no... Sueña contigo, llora por tí, besa sin cesar el retrato que le diste... y se muere de hambre.
 RICARDO (levantándose).—¡Ah! Entónces ¿qué espero? Es una obra de caridad socorrerla.
 (Cubre su cabeza con el sombrero y se va.)
 EL PAJARO (viniendo á posarse en la rama).—Se adoran... se adoran... ¡Pobre Resignada!
 LA RAMA (columpiéndose bajo el peso del pájaro).—Resignada se llama así por algo... Es un sér frio: no morirá de pena.
 EL RAYO DE SOL (colándose por entre las sombras para buscar al pájaro y á la rama).—El amor tiene sus leyes invencibles. Nada puede impedir que se cumpla su lógica.

XII

En efecto: el amor tiene sus leyes invencibles. El señorito de Formoseda anduvo unos cuantos días acometido de un delirio, de una ilusion, de un vértigo. Creía que el amor era una armonía del cuerpo y el alma, una sinfonía de sentimientos y sensaciones, un duo de dos séres, templados en el mismo tono como dos cuerdas iguales de una cítara doble. Y se le presentaba en forma bien distinta. Hondas diferencias de carácter le separaban de Resignada. Pero la seriedad de su alma se oponía, por otra parte, á devaneos ilegales, á un amor fuera del matrimonio. Adorar á Genara y ser adorado de ella le parecían cosas fáciles. Pero no encontraba gusto en ese amor á escondidas, en una pasion que era un crimen, en un deleite que tenia que gozar ocultándose del mundo... ¡Qué bonita era Genara! Pero en cambio ¡qué majestad habia en la virtud adusta, severa de Resignada! El amor de aquella tenia para Ricardo el encanto de lo desconocido: el amor de ésta tenia para Ricardo el encanto de lo respetable.

XIII

Pero en aquellos días de vacilacion y duda ocurrió una cosa importante. Resignada dió á luz. Aquel niño sonrosado, que agitaba sus piernecillas entre el raso de sus faldas, parecia bajo los encajes de sus bautismales adornos, una flor de salud y vida.
 Formoseda sintió una oleada de sangre acudirle al cerebro y dentro de él inflamarse en una gran idea.
 —¡Necio de mí!—exclamó.—Buscaba mi corazón y hete aquí que este niño, este angelito lo trae entre sus invisibles alas.
 Miró á Resignada, y viéndola sonriente, por primera vez, entre los dolores del alumbramiento, la cogió una mano y se la besó; mientras su alma pensaba:
 —Es una santa, es aún más: es una madre.

J. ORTEGA MUNILLA

LA EXPLORACION DEL PILCOMAYO

I

La América del Sur es el país de los grandes rios: allí desarrolla su curso majestuoso el inmenso Amazonas, ese rio que, seguido en casi toda su longitud por el osado Orellana, poco despues del descubrimiento del nuevo continente, no puede considerarse aún verdadera y totalmente explorado, á pesar de prestarse á la navegacion hasta 5,000 kilómetros de su desembocadura; el Paraná, cuyo nombre indio significa rio por excelencia, y tambien mar; el Orinoco, cuya enorme masa de agua hizo creer á Colon que costaba las orillas de un gran continente; el Magdalena, de pintorescas riberas y accidentado curso; el Madeira, de numerosos tributarios; el Paraguay, el Tocantins, el Iza, el San Francisco, el Cassiquiare, y otros y otros, que tenidos allí por humildes afluentes, darian nombre en nuestra Europa á grandes cuencas fluviales. Muchos de ellos están ya reconocidos en toda su extension; mas, á pesar de hacer casi cuatrocientos años que se descubrió ese continente, que continuamos llamando nuevo; á pesar

de los muchos viajeros é ilustres sabios que, como los Azara, los Humboldt, los Schomburgk, los Bonpland, los Wied, los Marcoy y los Crevaux, han recorrido de un siglo á esta parte considerables extensiones del mismo, guiados los más por un objeto científico, algunos por un motivo comercial y los ménos por razones políticas; y no obstante el numeroso contingente de emigrantes que la vieja Europa envía de continuo á esa parte del país americano, aún continúan bastantes de aquellos rios total ó parcialmente ignorados, por más que el exacto conocimiento de su curso ofrezca inapreciables ventajas para las relaciones amistosas y comerciales de los diferentes Estados.

Apénas hace cuatro ó cinco años que el malogrado Crevaux trazó el plano de cinco importantes rios, cuya navegacion fué el primero en emprender en su totalidad; aún no ha trascurrido tanto tiempo desde que Wiener reconoció el curso del Napo, caudalosa corriente que pone en comunicacion la república del Ecuador con el bajo Amazonas: probable es que á estos recientes y arriesgados viajeros sigan otros que, como ellos, sepan arrostrar toda clase de peligros y privaciones hasta conseguir que la ciencia geográfica se enriquezca con los datos indispensables para llenar los vacíos que tienen todavía incompleta la inmensa red fluvial sud-americana; más aún, para conseguirlo en breve espacio, pues afortunadamente para nuestra época, los estudios geográficos cuentan con entusiastas partidarios, las exploraciones se multiplican y los gobiernos y corporaciones las prestan un auxilio valioso y eficaz, de que ántes no podían disponer los viajeros, reducidos á sus solas fuerzas.

Uno de los rios últimamente reconocidos en casi toda su longitud ha sido el Pilcomayo, caudalosa corriente que naciendo en los altos Andes de Bolivia, al pié del cerro de Potosí, desemboca en el rio Paraguay algo al Sur de Asuncion, capital de la república que lleva el nombre del segundo de dichos rios. En su curso, que se calcula de unos 2000 kilómetros, atraviesa los dos Estados referidos, y además la República Argentina, á la cual sirve hoy de límite con el Paraguay su orilla derecha. Por esta razon y por fertilizar con sus aguas gran parte de la dilatada cuanto ignota region conocida con el nombre de Gran Chaco, se comprenderá la importancia que para los tres Estados tiene la navegacion regular por dicho rio. Una sola consideracion basta para apreciar esta importancia en toda su extension: á causa de las insuperables dificultades que ofrece la comunicacion terrestre, los productos boli-

vianos remitidos á la República Argentina, tienen hoy que enviarse á un puerto del Pacífico, bajar por este mar, dar la vuelta por el estrecho de Magallanes y subir por el Atlántico hasta Buenos Aires para ser desde allí expedidos á su destino en el interior, enorme rodeo que se haria de todo punto innecesario si se regularizara la navegacion por el Pilcomayo, el Paraguay y el Paraná.

Há ya largo tiempo que se vienen haciendo tentativas para explorar el Pilcomayo, pero todas ellas han resultado infructuosas.—En 1721 el P. Patiño lo remontó hasta Teyo, de donde no pudo pasar por haberle obligado los Tobas á retirarse.—En 1741, el P. Castañares pereció víctima de los indios Mataguayos.—En 1844, Van Nivel, encargado por el gobierno boliviano de reconocer el rio, recorrió unas treinta leguas y regresó diciendo que este se

su noble empresa, traidoramente asesinado el 27 de abril de 1882 por los indios Tobas, habitantes de las márgenes del Pilcomayo. La noticia de este asesinato causó en Europa una impresion penosísima; pero más aún en los países en cuyo principal obsequio trabajaba con animoso afán el audaz explorador; así fué que por parte de las repúblicas boliviana y argentina se organizaron al punto expediciones con objeto de rescatar del poder de los salvajes los inanimados restos del ilustre viajero así como los de sus compañeros, víctimas tambien del furor de los Tobas; mas por desgracia el resultado de todas ellas fué infructuoso, y sólo pudieron conseguir noticias contradictorias acerca del paradero de tan preciosos restos y del de las dos ó tres personas que de aquella matanza pudieron escapar con vida.

extiende y se pierde en la llanura del Chaco: se habia extraviado en el Bañado.—En 1863, el P. Gianelli partió de Bolivia con sesenta y tres jinetes bolivianos, y reconoció unas sesenta leguas por la orilla izquierda del rio; mas al llegar al sitio llamado Piquirenda, su gente se negó á seguir adelante.

No creemos exagerar nada diciendo que el número de exploraciones intentadas, ya por parte de Bolivia, ya por la de la República Argentina y la del Paraguay, pasa de veinte. En setiembre de 1882 la primera de dichas Repúblicas ha organizado otra que regresó desbandada, privada de su caballería que le robaron los Tobas oregones.—Estos mismos indios ahuyentaron otra enviada por el gobierno argentino, y una nueva expedicion organizada recientemente por el mismo gobierno, se perdió en uno de los falsos brazos del Pilcomayo. Las luchas que se traban continuamente en la frontera entre los blancos y los indios Carayas dan lugar por una y otra parte á terribles represalias, y hacen sumamente difícil el contacto con los indios, los cuales alegan en su defensa que si matan á los blancos, es porque estos no les dejan vivir en paz y exterminan á los suyos. ¿Cuándo llegará el dia en que el mundo civilizado sepa y comprenda que el indio es un hombre como los demás y que bajo su desnudo pecho late un corazon con frecuencia generoso y hospitalario?

Una de las últimas exploraciones del Pilcomayo, exploracion que, así como la de otras regiones, ha exigido la generosa sangre de una víctima, vertida en holocausto á la ciencia, ha sido la del doctor Crevaux, infatigable viajero que despues de reconocer con tanto valor y energía como feliz éxito varios rios de la América del Sur, pereció en



MONUMENTO Á GARIBALDI EN TURIN, por Eduardo Tabacchi

(Proyecto premiado)



CANDELABRO DE BRONCE DORADO

La expedición últimamente organizada con el mismo fin por M. Thouar y el gobierno de Bolivia ha sido más afortunada, pues no sólo ha logrado adquirir informes fehacientes con respecto al trágico suceso á que nos referimos, sino reconocer en casi toda su extensión el Pilcomayo, de suerte que merced á ella se ha rasgado el velo que encubría el misterioso curso de otro de los ríos americanos y conocido una región jamás atravesada por ningún blanco. De regreso M. Thouar en Europa, se ha apresurado á dar pública cuenta del resultado de su misión, y en el mes de febrero último reunió en torno suyo en la Sorbona una numerosa concurrencia ávida de escuchar de sus labios las peripecias de su accidentado viaje. El relato hecho por este viajero se divide en dos partes; la primera concerniente al triste fin del doctor Crevaux, y la segunda á su exploración del Pilcomayo. Nosotros seguiremos el mismo plan en el presente artículo, extractando de la notable conferencia de M. Thouar los párrafos que más puedan interesar á nuestros lectores.

II

Hace unos dos años que el doctor Crevaux partió de Burdeos para Buenos Aires, comisionado por el ministro



JARRÓN DE ARCILLA DORADA CON ESMALTES AZULES

«Para que concluya de una vez la guerra entre los tuyos y nosotros los blancos, te ruego que les repitas mis palabras y que se persuadan de que no queremos engañarlos. Sí, ahora deseamos sinceramente la paz. Te despachamos á tí con el mayor de los prisioneros, y si no ponemos en libertad á los otros, es porque son muy pequeños y están muy cansados, pero los llevaré conmigo. Haz comprender sobre todo á tu padre Galigagae y á los demás jefes Tobas, Chorotis y Noctenes, que conviene que vengan á parlamentar conmigo y á ajustar la paz. Diles que no teman, que no recelen que se les tienda ningún lazo: respondo de ello con mi cabeza.»

La joven comprendió perfectamente lo que de ella se esperaba, despidióse del doctor y partió contenta y conmovida, prometiendo regresar con la respuesta de allí á doce ó quince días. Pero mientras Crevaux encargaba de tan pacífico mensaje á la india, los Tobas y los Noctenes satisfacían su venganza acostumbrada, como se supo al día siguiente por un indio de la misión de Machareti, el cual se presentó herido de tres lanzadas y cuatro flechazos, diciendo que los Tobas habían dado muerte á dos compañeros suyos así como á sus mujeres é hijos. Apenas supo



LA ABUNDANCIA, ESTATUA EN BRONCE PARA CENTRO DE MESA

de Instrucción pública para explorar el alto Paraguay, pasando desde este río al de las Amazonas. A su llegada á Buenos Aires, el doctor Ceballos, presidente del Instituto geográfico argentino, y los doctores Omiste y Vaca de Guzman, representantes de Bolivia, le dieron á entender el interés que ofrecía la exploración del río Pilcomayo, el cual nadie había podido recorrer hasta entonces en toda su extensión.

Dotado el doctor Crevaux de un temperamento ardiente, enérgico y emprendedor, se entusiasmó á esta idea, y partióse al punto para Bolivia con objeto de reconocer el curso de aquel río que, en concepto de ciertos exploradores, se perdía en la inmensidad de las llanuras del territorio del Gran Chaco, y cuyo trazado debía suministrar los datos necesarios para el establecimiento de una vía comercial entre Bolivia, el Paraguay y la República Argentina.

El gobierno de esta última, animado de un espíritu de progreso incontestable, puso á su disposición dos marinos de su armada, y le concedió pasaje gratuito por todas las líneas argentinas. Por su parte, el gobierno de Bolivia, más directamente interesado que el argentino en la exploración del Pilcomayo, ofreció á Crevaux cuanto necesitase y le pagó los gastos de transporte en mula desde Tarija hasta la misión de San Francisco Solano, situada á orillas del río en cuestión. Del 8 al 14 de marzo, organizó su expedición eficazmente secundado por los Padres misioneros, hizo en Tarija grande acopio de objetos destinados á los indios, y partió para Santa Ana, donde le aguardaban ya sus compañeros.

Al llegar á Iyitivi, le dieron una noticia que le desanimó, haciéndole comprender la inoportunidad de la expedición y las funestas consecuencias que su empresa podía tener. La guarnición de Caiza había salido dos días antes con objeto de castigar á los Tobas por haber robado estos los caballos del comandante militar Solano. En vano fué que tanto él como el P. Doroteo, superior de la misión, escribiesen al sub-gobernador, rogándole que diese orden de retroceder á la columna; esta continuó su marcha, y no regresó hasta el 30 de marzo, después de haber muerto diez ó doce indios Noctenes, y trayendo siete niños prisioneros. La vista de estas criaturas y el relato de la bélica expedición hicieron temer al P. Doroteo por el resultado de la misión Crevaux, á quien manifestó los funestos recelos que le inspiraba la recién trabada lucha, y la seguridad que tenía de que los padres de los niños prisioneros no dejarían de vengarse. El doctor comprendió el fundamento de estas indicaciones; quedóse un rato pensativo y maldecido aquella fatal expedición militar, hasta que, tranquilizándose, pensó que no siendo él de Caiza, ni boliviano, los indios no le maltratarían; y en seguida se puso á acariciar á los niños y á regalarles algunas chucherías.

Es de advertir que el P. Doroteo, al acompañar al doctor hasta el Pilcomayo, había llevado consigo una india Toba de Tarija, llamada Yalla, con objeto de que, enviándola Crevaux por delante, le facilitara tal vez el paso por el país de los indios. Esta india y los niños prisioneros eran la única esperanza que le quedaba al doctor. El 4 de abril partió aquella con el mayor de los prisioneros; Crevaux le entregó antes de marchar algunos presentes para ella y para sus padres, prueba de su sincero deseo de verlos y hablarles, y le dirigió además estas palabras:



FUENTE DE ARCILLA DE DIBUJOS DORADOS SOBRE FONDO DE COLOR DE MARFIL

el doctor Crevaux tan desagradable noticia, quedó sumido en la más profunda aflicción. Largo tiempo permaneció pensativo y arrepintiéndose ya de una expedición que iba á ser causa de su muerte; pero el recuerdo de sus últimas exploraciones, y especialmente la del Yapura, durante la cual atravesó ileso el país de los antropófagos uitotos, le infundió la esperanza de vencer en la demanda, y confiado en su misión pacífica y en los medios de que contaba valerse, exclamó: «Si muero, sea enhorabuena; pero si no

arriesgo nada, ese río y esa región seguirán envueltos en el misterio que los rodea.»

La única esperanza que le quedaba era el regreso de la india Yalla con sus padres y los jefes indios, pues así conocería la disposición de ánimo de los Tobas; pero esta esperanza quedó también frustrada, porque trascurrió el plazo prefijado y la india no volvió.

A pesar de tanto contratiempo, el tenaz explorador no desistió de su empeño, porque Crevaux pertenecía á la raza de los que sienten crecer su ánimo á medida que aumenta la perspectiva de los peligros, y siguió haciendo sus preparativos para la dudosa excursión, activando la construcción de las canoas y piraguas en que había de navegar por el Pilcomayo, tomando notas acerca del idioma de los Chiriguano y de los Tobas, y coleccionando documentos antropológicos.

Dos ideas le preocupaban principalmente: la reciente expedición de los habitantes de Caiza, y los pantanos que, según noticias, había en la parte inferior del río; ambas ideas le habrían hecho vacilar, si la costumbre de navegar por los ríos y de vencer toda clase de obstáculos, su firmeza de carácter y su energía, no le indujeran á sondear á todo trance la misteriosa corriente y á aguardar la hora de la

partida con vivísima impaciencia. Por fin recibió las armas y los fardos que esperaba de Tarija, dispuso que los indios de la misión de San Francisco los transportaran, juntamente con las embarcaciones, al punto del río escogido para dar principio á la navegación, y á las ocho de la noche del 19 de abril salió de la misión acompañado de los PP. Franciscanos y de todos los indios de la misma que deseaban despedirse de él. Eran las nueve y media cuando el timonel Haurat anunció que todo estaba listo. Los indios que, más de una vez, habían advertido á los exploradores de los riesgos de su empresa, no pudieron contener las lágrimas, y los saludaron gritando: *Taupareño piguata chimureta*. «Id con Dios, amigos.» Misioneros, franceses, bolivianos, indios, todos estaban conmovidos y afectados como si presagiaran un resultado lúgubre y funesto, y entre gritos, consejos y despedidas, las cuatro embarcaciones desaparecieron tras de un recodo del río.

La expedición se componía del doctor Crevaux, Ringel, Billet, Dumigron, y Haurat, franceses; dos argentinos, doce bolivianos y dos indios chiriguano. El mismo día 19 escribió Crevaux dos líneas al P. Doroteo, prefecto de las Misiones, anunciándole que había hecho la paz con los Tobas, y recorrido ocho leguas sin contratiempo. El 20 llegó la expedición á Bella Esperanza, seguida de los Tobas por ambas orillas del río. El 22 durmió el doctor en Teyo, solo en medio de los salvajes, cuyo número aumentaba por momentos. Del día 23 al 26 no ocurrió incidente notable, sino que los Tobas se reunieron ya en número de 2000.

El 27 á las diez de la mañana, la misión llegó á un arrenal, y allí los salvajes convidaron á almorzar á los expedicionarios, ofreciéndoles pescado y carne de carnero. Crevaux, Ringel y Billet saltaron en tierra los primeros; en la última embarcación iban el joven Ceballos, Haurat y Blanco. Apenas avanzaron los exploradores unos cuantos pasos, cuando los rodeó un grupo considerable de Tobas, que cayendo furiosos sobre ellos, los asesinaron á cuchilladas y golpes de *macana* (especie de maza). Entre tanto llegaron á la orilla Ceballos, Haurat y Blanco, y al ver el peligro que les amenazaba, se arrojaron al agua para pasar á la orilla opuesta; los dos últimos se libraron de caer en manos de los indios; no así el joven Ceballos, el cual fué aprehendido por un Toba, que iba ya á matarlo cuando otro indio se interpuso y le defendió. El azorado muchacho vió caer muertos á Crevaux, Ringel y Billet, así como á su mismo padre. Haurat y Blanco emprendieron la fuga en dirección Noroeste; pero no tardaron en ser apresados por otros salvajes. Inmediatamente después de la matanza, los indios se apoderaron de los fardos, armas y municiones de los exploradores, prendieron fuego á las embarcaciones y las dejaron ir á merced de la corriente. Volvieron luego al sitio en que yacían sus víctimas, y las hicieron pedazos, llevándose cada jefe á su rancho un miembro como trofeo de su victoria. Su venganza quedaba satisfecha: habían exterminado á los blancos en el punto mismo en que algunos de los suyos cayeran pocos días antes heridos por las balas de la guarnición de Caiza. Los funestos presentimientos del desgraciado doctor se realizaron: la ciencia contaba con una nueva víctima sacrificada en sus aras.

En otro artículo describiremos las peripecias de la expedición de M. Thouar y su resultado.

M. ARANDA

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMON